

Vientos fríos del Este

JOSEP BORRELL*
EL PERIÓDICO DE CATALUNYA, 04.06.07

Guste o no, la interdependencia entre la UE y Rusia hace indispensable su cooperación. Europa necesita el petróleo y el gas ruso y Rusia necesita vendérselo para financiar su desarrollo. La UE aporta el 76% de la inversión extranjera en Rusia y le compra el 57% de sus exportaciones. Pero la pasada semana, a orillas del Volga, la UE y Rusia no consiguieron relanzar las negociaciones para un nuevo acuerdo de asociación.

Ese fracaso refleja la tensión de unas relaciones que no habían sido nunca tan difíciles desde la caída del Muro de Berlín. El viento del Este empezó a enfriarse cuando a principios del 2006, Rusia cortó el gas a Ucrania, afectando al suministro de Europa. Después siguió el embargo sobre las importaciones de carne de Polonia y el corte de un oleoducto, supuestamente averiado, vital para el suministro a Lituania. Continuó con graves tensiones con Estonia a propósito del traslado del monumento de Tallin a los soldados soviéticos, con ataques a su embajada en Moscú, *ciberataques* a los sistemas informáticos y tensiones con la minoría rusa.

EL ESTATUTO de Kosovo, la entrada de Rusia en la OMC o la solución de los *conflictos congelados* como el de Transnistria, o en el Cáucaso, con Georgia o entre Armenia y Azerbaiyán, son otros puntos de fricción. Pero la guinda la ha puesto el despliegue por EEUU de un escudo antimisiles en Polonia y la República Checa. La reacción airada de Rusia, con tonalidades de guerra fría, trata de provocar divisiones entre los europeos reproduciendo las que originó el despliegue de misiles de medio alcance en los 80.

Los últimos actos de esta escalada de la tensión han sido la violenta represión de manifestaciones en Moscú el último fin de semana de mayo, con un eurodiputado entre los detenidos, y las pruebas de nuevos misiles balísticos intercontinentales rusos, siguiendo a la amenaza de **Putin** de retirarse de los tratados de limitación de armamentos que marcaron el fin del enfrentamiento entre bloques en Europa. Este enfriamiento con el gran vecino del Este no es

percibido por igual en toda la UE, y Rusia lo aprovecha para jugar a la división entre los europeos. Hay razones objetivas para ello, los países de la Europa central y oriental aportan una amarga experiencia de las relaciones con Rusia. Y en particular, los bálticos: entre junio del 40, cuando la URSS los invade, y junio del 41, cuando Alemania ataca a Rusia, 120.000 personas fueron asesinadas o deportadas. Entre 1944 y 1955 otras 200.000 fueron deportadas a Siberia y otras muchas huyeron al Oeste.

Los actuales presidentes de Estonia y Lituania han vuelto del exilio en EEUU y la presidenta de Letonia se educó en Canadá. Este pasado está muy presente en el imaginario colectivo de esos países y no puede dejar de influir en las relaciones de la UE con Rusia.

El Parlamento Europeo (PE) ha votado resoluciones en apoyo a la soberanía de Estonia y de su libertad para administrar su propia historia y ha pedido la solidaridad de todos los Estados de la UE. En Samara, la UE mantuvo su unidad, pero no es menos cierto que los grandes países del Oeste necesitan discutir la cooperación energética e industrial con Rusia, y no siempre valoran positivamente las actitudes de los nuevos y pequeños estados miembros. Ello es especialmente cierto para Alemania, cuya relación energético-económica con Rusia es mayor y lo será más todavía. Sus exportaciones a Rusia han crecido un 20% anual en los últimos tres años y su dependencia del gas ruso pasará del 40% actual al 60%. **Merkel** no tiene con **Putin** la relación personal privilegiada de **Schröder**, pero no ha cuestionado el gasoducto bajo el Báltico, que aísla a Polonia y por ello tanto la irrita, y cuya empresa constructora ahora preside **Schröder**. Y tampoco demuestra más interés que su antecesor en el proyecto Nabuco, el gasoducto que daría a Europa acceso directo a los campos de gas de Asia central circunvalando Rusia vía Turquía y Rumanía.

Merkel estuvo firme en la defensa de los derechos humanos frente a **Putin**, y sé por mi propia experiencia de la cumbre de Lahti, en Finlandia, donde le expresé la preocupación del PE por el asesinato de la periodista **Anna Politkovskaia**, que el personaje no es fácil. Pero ello no evita una cierta

susplicacia o resentimiento de los países más expuestos al viento del Este con respecto a la posición de Alemania, Francia, Italia y el Reino Unido, que no pierden de vista el objetivo estratégico de la seguridad energética.

EN LAHTI tuvo ocasión de recordar, en nombre del PE, que Europa no debe intercambiar energía por derechos humanos y **Kasparov**, el campeón mundial de ajedrez, nos ha recordado la debilidad de la democracia rusa durante su reciente visita a Estrasburgo. Pero las divergencias políticas y los numerosos contenciosos que antes he enumerado no pueden ocultar la innegable interdependencia ni la realidad de una Rusia dispuesta a continuar emergiendo como la potencia que fue usando la energía como arma.

La receta europea debe basarse en una unidad sin fallas y con tanta firmeza en la defensa de sus convicciones como la de Rusia en sus intereses geopolíticos. En esa unidad deben caber también las exigencias de nuestra realidad energética y la cabal medida de nuestra capacidad, limitada, de influir en Rusia en cuestiones bilaterales y de derechos humanos, evitando remover en las brasas del pasado y los golpes de efecto para la galería que en nada protegen del viento frío del Este.

*Presidente de la Comisión de Desarrollo del Parlamento Europeo.